



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10848

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 5 DE MAYO DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## TRAS DE LA GUERRA EL HAMBRE

Como si no tuviéramos bastantes preocupaciones, surge una nueva que se impone con tremenda pesadumbre: la preocupación del hambre.

Aquellas enormes existencias de cereales, que según los trigueros había en los graneros de Castilla, porque el precio que se ofrecía por la fanega no era remuneratorio, ya no existen. Después de aprovechar los propietarios la ventaja del aumento de tributo impuesto al trigo extranjero para elevar el precio del propio, han ido aprovechando la elevación de los cambios y en lugar de destinarlo al consumo del país, lo destinaron á la exportación para realizar mayor ganancia.

La consecuencia de tal modo de proceder ha sido lógica: disminuidas considerablemente las existencias de trigo y en aumento constante los cambios, el precio de aquel cereal ha aumentado hasta tal punto, que ya se vislumbra el momento en que el pan será artículo imposible para la clase jornalera. Cuando ese momento llegue, el hambre aparecerá en España con todo su séquito de revueltas engendradas por la desesperación.

Y ya vamos llegando al límite; ya casi estamos en las fronteras de esa plaga siniestra. Los motines que á cada momento estallan en diversos puntos de la península, á la carestía del pan obedecen.

Véase sino cual es el objetivo de los amotinados. En Aguilas asaltan los almacenes de harinas; en Gijón gritan contra el aumento en el precio del pan; en Cáceres la gente invade la estación del ferrocarril y descarga los vagones de trigo y harinas para evitar que

se los lleven; en todas partes el mismo grito en los labios, el mismo temor en el corazón: el miedo al hambre que se acerca con la misma velocidad con que se exporta el trigo nacional y suben los cambios con el extranjero.

Para impedir tan rápida elevación; para cerrar el paso en lo posible á la terrible plaga, que amenaza invadir la totalidad de la península, el gobierno ha echado mano de los recursos heroicos y abriendo de par en par la entrada á los trigos extranjeros ha establecido fuertes derechos á la exportación de los trigos nacionales.

Tal medida es de aplaudir, pero tememos que no sea suficiente para impedir el daño que amenaza. Por otra parte, no es solo el pan el que ha adquirido precios que lo ponen en condiciones de difícil adquisición; la patata, ese artículo de primera necesidad que hemos dado en llamarle pan del pobre, está por las nubes, habiendo llegado á pagarse hace algunos días á cuarenta céntimos el kilogramo, precio á que no se pagó jamás, ni en los años de menor cosecha.

¿Es que también se exporta la patata con el mismo objeto que se exporta el trigo? Si es así, el gobierno debe evitarlo porque el hambre amenaza y la salud del pueblo es ley suprema.

## GLOBOS NACIONALES

### Episodio de la guerra de los diez años.

5 de Mayo de 1870.

Por su mucha bravura y serenidad, y por ser habilísimo en el arte de preparar terribles sorpresas á los enemigos de su patria, los insurrectos cubanos le llamaban el «Brujo»; sus compañeros de armas y la población leal le conocían por el comandante Montaner.

Seguramente á pocos de los que en la guerra de los diez años pelearon contra España se les habrá olvidado aquel arrojado y esperto guerrillero, pues á pesar de su avanzada edad (tenía sesenta años cuando realizó el hecho que motiva estas líneas) dejoles recuerdos muy amargos, de esos que nunca se borran.

Al frente de su columna, el día 5 de Mayo de 1870, peleaba con el coraje de siempre en la Bermeja, y habiendo hecho los insurrectos un disparo de artillería arengó á sus soldados diciéndoles que era preciso apoderarse del cañón enemigo, y ofreció señalada recompensa al primero que pusiera la mano sobre él.

Todos los soldados á una se arrojaron á la bayoneta sobre las posiciones de los rebeldes, obligándoles á retirarse por escalones.

Descubierto el sitio de la ambiciosa pieza y firmes Montaner y su gente en su propósito de quitar á los insurrectos la artillería, emprendieron veloz persecución, logrando apoderarse de dos cañones de montaña, después de dar muerte á los que les defendían; pero no paró en esto la hazaña de aquellos bravos, dignos de ser hijos de España y de ir mandados por Montaner: por uno de los prisioneros fueron sabedores de que no lejos de aquel lugar se hallaba el parque de los rebeldes, y sin reponer sus fuerzas, no obstante la mucha fatiga que sentían, continuaron la marcha, y á las seis y media de la mañana, tras de un caminar de trece horas seguidas, ora á paso ligero, ora á paso largo, vieron realizados sus anhelos, apoderándose de otra pieza y de los carros en que conducían las municiones.

En el comandante Montaner y en la columna que mandaba nada de extraordinario tuvo la realización de hecho tan meritorio.

Durante largo tiempo llevó á cabo innumerables de la misma especie, y por ellos, con sobrada razón, le llamaban el «Brujo».

Era catalán, y por sus venas circulaba sangre de los Empeñados, de los Minas y de los grandes estratégicos españoles que con sus talentos llenaron de asombro á incontables generaciones. Maese Rodrigo. (Prohibida la reproducción.)

## NO IMPORTA

No hemos de negar lo crítico de las presentes circunstancias; la negativa no conduciría á nada, ni entra tampoco en nuestro carácter ni en las tradiciones de este periódico. Somos idólatras de la verdad, y en su altar sacrificamos constantemente nuestros intereses y nuestra conveniencia. Las circunstancias son críticas, sí; los momentos son realmente supremos; el combate de Cavite tan desastroso para España como honroso para la Marina que con él ha añadido una página más á la historia interminable de sus heroísmos, constituye un fracaso, una verdadera desdicha nacional, por la que deben vestir luto todos los corazones españoles.

Pero después de reconocerlo así con toda lealtad, con toda franqueza, para que nadie pueda suponer que tratamos de desfigurar los hechos acaecidos, hemos de reconocer también que el efecto que en la opinión causó el desastre no tiene la necesaria justificación.

Hay motivo para el sentimiento; motivo para el dolor; motivo para que las lágrimas empañen la mejilla y el pecho rebose de santa y patriótica indignación. Pero no lo hay en modo alguno para que el espíritu público se abata. Todo al contrario. Precisamente las almas fuertes se prueban en la adversidad; el valor verdadero se contrasta en las contrariedades; contra las desdichas se muestra la virilidad del ánimo, la fé en el porvenir y la firmeza de las convicciones.

El desastre de Cavite debe causarnos honda, hondísima aflicción, pero no debe en modo alguno sorprendernos tanto como les ha sorprendido á muchos. Que nuestra lucha con los Estados Unidos es desigual y desproporcionada; que es la lucha del enano contra el gigante, de David contra Goliath, como algunos la han significado, es cosa que por nadie puede ser ignorada. Salta á la vista con sólo plantear los términos del problema. Y, sin embargo, conociéndolo así hemos ido á ella, no por afán de aventuras, ni con esperanzas de lucro, ni cediendo á vanidades del amor propio, ni con espíritu de conquista, sino porque á ella hemos sido injustamente provocados, y España grande, España en-

morada de la gloria, no podía soportar pacientemente la vergüenza de una provocación. Al recoger el guante que insolentemente se nos arrojó, España no consultó sus fuerzas, ni se paró á contar las de su adversario; la provocaban, tenía que acudir. Y acudió. Desde luego estaban descontentadas todas las contingencias.

Y esto es lo que constituye su mayor gloria; lo que antes de emprender la lucha la proclamó vencedora ante las naciones civilizadas. Errores de una política torpe y reprobada habrían enagenado las simpatías de todas las naciones; estas simpatías volvieron á ella, sin embargo, en cuanto fué conocida su actitud frente á las insolencias sin nombre de Mac-Kinley. Y este cambio de frente en la opinión europea debió ser única y exclusivamente á lo desigual de la lucha que iba á emprender. Fuéramos más fuertes, más ricos, más poderosos que los Estados Unidos, y esa actitud nada tendría de gallarda, ni se hubiera hecho acreedora á la admiración del mundo.

Pues bien, una de las primeras consecuencias de esa desigualdad de la lucha, es la que ahora estamos tocando. A Cuba, donde la defensa podía ser mayor no van los yankees, y en cambio lanzan contra las Filipinas indefensas, diez ó once buques protegidos y con cañones de largo alcance. Nuestra Marina, nuestra valiente Marina, que á esos buques protegidos y que montan piezas de 36 cm., sólo puede oponer cinco ó seis barcos de madera casi inservible y montando cañones de á 14 cm., los más potentes, elige el camino que siempre siguieron nuestros soldados. No pudiendo vencer, muere. Y muere gloriosamente, sin que uno sólo de sus buques arrie bandera, echando por sí misma á pique los barcos antes que consentir que de ellos se apodere el enemigo.

Hay aquí motivo para un grande, para un profundo pesar sí, pero no para sentir desmayos del corazón ni abatimientos del espíritu.

Por el contrario; el combate de Cavite nos ha enseñado que barcos de madera casi inservibles no pueden luchar ventajosamente contra cruceros protegidos, de más andar y mas potencia—cosa que ya teníamos de sobra aprendida. Pero nos ha demostrado al mismo tiempo, y esto es lo realmente impor-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 762

CARLOS II EL HECHIZADO

763

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 766

—Nada de eso; yo soy sumamente eficaz en todos mis encargos, contestó el médico del mismo modo que si acabase de pronunciar una sentencia de muerte.

—Entonces se ha concluido nuestro paseo. Si gustais volveremos á la Cruz blanca.

—Siempre estoy á vuestras órdenes.

Aquellos dos personajes dieron un paso para retirarse.

—Esperad, dijo Asima de pronto. ¿Dura mucho tiempo la mujer que pone sus labios sobre un papel emponzoñado?

—Hay ejemplos distintos en los anales de la ciencia, contestó el doctor. Las que mas resistencia han tenido han durado cuatro horas.

—¿Es decir que mañana á las tres de la tarde todo habrá concluido?

—Así lo espero....

—¡Oh! vamos, vamos, maese Angelo, exclamó Asima con febril acento; ya es demasiado tarde y vos tendreis que entregaros á esa maravillosa preparación. La ciencia es primero que todo... Vamos.

—Enseguida, volviéndose hacia los balcones de Diana, lanzó hacia ellos una de esas miradas sin luz, fría, fantástica y sepulcral.

—¡Oh! corazón humano, prosiguió lanzando un

rugido, ¿qué poco vales ante la fuerza inexorable del destino! ¡Vida! ¡hermosura! ¡sueño! ¡esperanza! ¿Qué sois, pues, sino una quimera horrible? ¡Ah! ¡y yo que había creído!!!... ¡Dios! ¡infierno! ninguno de los dos podeis contener la fatalidad.

Asima rechinó los dientes, lanzó un bramido inexplicable, y huyó.... Tal era el último recuerdo y el último suspiro de su amor.

Cuando Ernesto quedó solo, corrió con velocidad hacia el alcázar para prevenir á Martin.

Solo quedó entonces la tempestad.

¿Qué son las esperanzas de la vida sino sueños que nunca llegan á realizarse? Asima había soñado un bien supremo; se había hecho el satélite de la fúnebre constelación, cuando esta aspiró todo el deseo de la venganza; había creído identificar su existencia sanguinaria con la nueva Mesalina, y bebiendo en sus ojos el fuego de un amor invencible, en su aliento una pasión insaciable, había guardado su secreto hasta aquel instante en que reventaba con la fuerza de un volcan.

El angel volvía á tomar su blanca vestidura, huía de él, lo abandonaba en medio de la negra misión que el destino le confiara, y se encontraba solo.... solo, sin luz, sin esperanza, sin guía.

Ya en esta situación invocó toda la maligna influencia de su genio para hallar en el seno de la venganza la fuente de sangre que debía saciar su sed. Tenía un rival odioso, y era preciso destruir las ilusiones de este, como él había perdido las suyas. ¿Cual fué, pues, el medio para conseguir este proyecto.... Ya lo sabemos: la muerte de Diana.

Había tenido un valor terrible y una serenidad espantosa para decretarla. De repente le faltó la fuerza y la tranquilidad.

Solo, caído contra la pared, el pelo erizado, la